

males de poder en las mismas. En otras palabras, *Poder local, poder regional* ofrece a los lectores un marco *general* para la comprensión del poder en regiones mexicanas: estudia la entrada de recursos e instituciones y sus efectos sobre las instituciones del poder. Dentro de ese marco, quedan por desarrollar descripciones de la conformación de las relaciones de poder en regiones y localidades, cosa que nos regresaría a los planteamientos de De la Peña sobre cultura política, actores políticos, redes informales e instituciones formales.

CLAUDIO LOMNITZ

Luis Alfonso RAMÍREZ, *Chilchota: un pueblo al pie de la sierra. Integración regional y cambio económico en el noroeste de Michoacán*, El Colegio de Michoacán, Gobierno del Estado de Michoacán, Zamora, 1986.

Quizá porque para la óptica de hace una década la población del campo era primordialmente agricultora o porque los otros quehaceres económicos eran apenas como el huevo de la serpiente, las investigaciones antropológicas solían agotar en pocos párrafos la enumeración de las actividades no agrícolas que se realizaban en las comunidades rurales estudiadas. Visión u omisión que, como bien se demuestra en esta obra sobre una pequeña localidad michoacana, resultaría imposible de mantener hoy en día.

La apertura y el rigor académicos de Luis Alfonso Ramírez le han permitido descubrir y aceptar que los chilchotenses de hoy viven cada vez menos de la agricultura como quehacer económico exclusivo y cada vez más de una combinación de actividades que en Chilchota incluye la elaboración de tabique, teja, objetos de azahar parafinado y pan, manufacturas que analiza con la minuciosidad y profundidad que permiten un trabajo de campo prolongado en la comunidad (1982-1983). Con ello Ramírez es quizá el primer antropólogo en documentar y analizar, de manera contundente, un fenómeno al que deberemos prestar cada día mayor atención: el surgimiento o desplazamiento, en cualquier caso la proliferación, en ciudades pequeñas y comunidades rurales de

una serie de actividades manufactureras que no se organizan como empresas grandes y reconocidas.

El capítulo inicial de la obra (pp. 23-49) está dedicado a ubicar el fenómeno bajo estudio en la literatura antropológica. Quizá por la ausencia de otros interlocutores, el capítulo está centrado en el concepto y la discusión sobre artesanías, que le parecen al autor los más afines a la pequeña industria que prospera en Chilchota. Y esta opción lo marca. Porque lo lleva a recoger y acogerse a dos conclusiones ya clásicas sobre el artesanado rural: la relación de mil modos subordinada de los productores al capital comercial y la precaria incidencia de estas actividades sobre el empleo y el desarrollo rurales. Para el Luis Alfonso de la primera parte del libro (capítulos I-III) las actividades productivas que estudia “no se convierten en fuentes importantes de empleo como alternativa a la agricultura, ni tienden a fijar a la población campesina en sus lugares de origen, ni a detener la migración campo-ciudad, sino que son sólo paliativos sin muchas perspectivas de desarrollo a largo plazo” (p. 40).

En esos tres capítulos se reconoce asimismo la visión de que lo agrícola es lo que define a la vida rural. Así, en el capítulo II (pp. 53-61) se describe el medio físico de la Cañada de los Once Pueblos —nombre insuperable con que se conoce al municipio de Chilchota— y se reconstruyen sucintamente el proceso de aculturación y la historia agrícola remota de esa localidad michoacana. El capítulo III (pp. 65-103), sustentado en información de archivo, estadísticas y en materiales de campo, nos acerca temporalmente (siglos XIX y XX) a los avatares locales de la propiedad agraria y la producción agrícola. La situación actual que resulta del análisis, aunque previsible, no deja de impactar: minifundio extremo con persistencia de sistemas de mediería y aparcería para trabajar la tierra; tránsito conflictivo hacia un sistema precario de plantación; disminución de las siembras de temporal debido al abandono de las tierras, la erosión o la ganaderización. En suma, nos dice, un “panorama de baja productividad, de estancamiento e incluso de una disminución en [las] posibilidades de mantener a la población vinculada al trabajo agrícola” (p. 97).

El capítulo sobre el cambio económico y los movimientos de población (pp. 107-135), aunque muy ligado al anterior, resulta ser una especie de parteaguas de la obra. Porque en este capítulo IV es donde el autor logra empezar a despojarse de las visiones tradicionales de la literatura para dar cabida a lo que le sugieren sus materiales de campo. Ante la aparente contradicción entre una drástica disminución de la agricultura y un notable crecimiento de la población y la comprobación de que Chilchota retiene más población que otros municipios donde existe una agricultura próspera, una conclusión se abre paso: en la región, la agricultura por sí misma —y ya desde hace muchos años—

ha dejado de tener la capacidad de mantener y fijar a la población y la migración, en cualquiera de sus modalidades, ha dejado de ser la principal solución o paliativo. Hoy por hoy, se afirma, las características más notables de la economía local que sustentan —y explican— la dinámica demográfica de Chilchota serían la multiplicidad de actividades que se realizan al nivel de la comunidad misma y la combinación de ingresos al nivel de las familias (p. 108). En el valle estudiado, concluye el autor, la fórmula más exitosa para retener a la población parece ser “la combinación de una o varias pequeñas industrias de carácter no tradicional —como la producción de tabique o los azahares parafinados— con el comercio y la agricultura” (p. 135).

Los cuatro capítulos siguientes (v a vii) están dedicados a describir y analizar las principales actividades no agrícolas que llevan a cabo los chilchotenses: las elaboraciones de tabiques, teja, pan y arreglos de azahar parafinado para las novias (ramo, lazo y tocado). En cada uno se encuentra una descripción detallada, acuciosa y sugerente de los antecedentes y el desarrollo locales de la manufactura de que se trata, su relación con la agricultura, el proceso productivo y sus requerimientos, la organización y división del trabajo, los costos y las ganancias, las unidades de producción, el carácter del mercado y los mecanismos de comercialización.

Además de buscar elementos comunes para la presentación de esos capítulos —lo que facilita y estimula la comparación— el autor ha tenido el acierto de no estandarizarlos: el hincapié de cada apartado depende primordialmente de su relevancia en cada caso. En términos más generales se advierten también diferencias entre los capítulos: los más largos y complejos son los que tratan del tabique y los azahares parafinados. Situación que tiene que ver con un hallazgo y una conclusión del trabajo. Ramírez ha comprobado que ambas son las actividades más difundidas localmente y más heterogéneas y complejas internamente. Las cifras que proporciona son elocuentes. De los poco más de 6 000 chilchotenses definidos como económicamente activos para principios de los ochenta, unos 600 se dedicaban al tabique y unas 350 familias hacían arreglos nupciales. En cambio, sólo había 20 panaderías que ocupaban a unas 60 personas y apenas quedaban cuatro tejedorías. Los contrastes en las unidades de producción también llaman la atención. Aunque la unidad doméstica es el principio organizativo básico de la producción en las cuatro actividades, los tabiques y los arreglos de azahar se fabrican asimismo en talleres que el autor separa en mixtos o capitalistas de acuerdo con la proporción de mano de obra asalariada que ocupan. Dinamismo desigual que se explica, en gran medida, en función de la amplitud y “urbanidad” del mercado que demanda cada producto.

El capítulo ix, dedicado a las conclusiones (pp. 265-295) es, sin

duda, el más original de la obra: allí Ramírez se desentiende de muchas de las nociones adquiridas y esto le permite interpretar a la pequeña empresa rural a partir de su dinámica y características propias. La discusión se hace en torno a dos temas centrales. La visión campesinista se transforma en una sugerente periodización de la vida social y económica de Chilchota en el siglo XX (pp. 263-269) que lo lleva a considerar la diversificación de las actividades productivas locales como una verdadera etapa en la historia de la cañada. Aunque desafortunadamente sólo se deja a nivel de enunciado, el trabajo de Ramírez ofrece elementos para considerar que esta etapa de diversificación no agrícola de la estructura económica local ha acarreado necesariamente un profundo reacomodo sociopolítico, particularmente en lo que se refiere al poder local. El atisbo de este fenómeno puede ayudar a ver y entender algunas de las nuevas situaciones políticas rurales para las cuales la interpretación campesinista resulta cada vez más insuficiente.

En la parte más prolongada de las conclusiones (pp. 269-295), el autor incursiona en diferentes niveles de análisis en torno a la pequeña industria rural, que van desde cuestiones amplias como los factores internos y externos que explican su surgimiento y proliferación en el medio rural hasta la relación entre la ideología del parentesco y el uso de los recursos locales. El resultado es un tanto disparate y en algún momento forzado. No obstante, los aciertos son mayores. Porque llega a identificar algunas de las principales características y tendencias de la pequeña industria rural en la cañada que se prestan muy bien además para hacer comparaciones con otras regiones donde también se presenta el fenómeno. Entre ellas, la notable incorporación de mujeres y niños a estos nuevos quehaceres manufactureros rurales que necesariamente redefine el mercado de trabajo local y eventualmente la ideología que sustenta la división sexual tradicional del trabajo; la base persistentemente familiar de la organización productiva —donde la unidad doméstica es siempre el punto de partida o el fin de una trayectoria— que lo lleva incluso a postular la “involución” de la producción hacia niveles domésticos como resultado y respuesta ante la crisis; la multiplicidad de actividades manufactureras que, sin embargo, se mantiene dentro de un rango limitado, donde la expansión de cada actividad se da fundamentalmente a través de la proliferación de establecimientos y donde siempre resulta más rentable vender que producir; la especialización de los intermediarios en algún producto —sobre todo en los más prósperos— y la persistencia de una amplia variedad de mecanismos de comercialización.

No cabe duda de que el cambio económico estudiado por Luis Alfonso Ramírez en la cañada nos obliga a repensar críticamente la dicotomía funcional que hemos aceptado hasta ahora entre el campo y la ciudad, e incluso el modelo de análisis que ha hecho del medio

rural un sinónimo de producción agrícola, para el cual la solución de los problemas sigue siendo exclusivamente agraria. Modelo que hoy por hoy no resistiría las investigaciones basadas en trabajo de campo, por lo menos en la región occidental del país. En este sentido, el trabajo de Ramírez abre brecha y puede ser un magnífico interlocutor de los antropólogos que salen al campo en este último lustro de una década donde se desencadenaron profundos cambios en el medio rural.

PATRICIA ARIAS

Agustín ESCOBAR LATAPÍ, *Con el sudor de tu frente. Mercado de trabajo y clase obrera en Guadalajara*, El Colegio de Jalisco, Guadalajara, 1986.

La discusión sobre los mercados de trabajo parece concentrar gran parte de la polémica sobre la naturaleza y los alcances de la industrialización y el desarrollo económico recientes en América Latina. Es posible que en pocos años, conforme podamos contar con estudios novedosos y detallados como el que ahora comentamos, tengamos una concepción distinta y criterios más heterodoxos sobre las estructuras económicas y las formas de organización social propias de los países capitalistas latinoamericanos, y abandonemos la visión de que éstos son una simple copia negativa del capitalismo industrial avanzado, o bien que sus problemas se explican por estar en los peldaños más bajos en la escala de la modernización.

La urbanización y sus variables concomitantes: el crecimiento demográfico, el cambio social y la modificación en los patrones de empleo y modos de vida, son algunos de los fenómenos más impactantes en México y América Latina a partir de los años cincuenta. De entre las numerosas y encontradas interpretaciones que se tienen, destaca al menos una tendencia general que muchos autores suscriben: hay un crecimiento económico desigual que de alguna manera ha impulsado el aumento de población y la migración hacia los grandes centros urbanos. Hay también un mayor tamaño del sector "terciario" o de servicios frente al "secundario" o industrial, desproporción que se mantiene tanto en momentos de bonanza como de crisis, y que además tenderá a incrementarse en el futuro si, como es previsible, se prolonga la actual situación de crisis profunda y recesión económica.

En estas condiciones, conocer las características del empleo y comprender la relación entre los sectores mencionados es un propósito que